

JAVIER RODRÍGUEZ MARTÍNEZ (ed.). *En el centenario de La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005, 514 páginas.

¿Por qué volver a *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (EP, en adelante), más allá de la anécdota de su centenario? ¿Porque es un clásico y, por lo tanto, un modelo de referencia en el campo? ¿Por qué, a pesar de las críticas acumuladas por sus cien años de existencia, es considerada como una sólida propuesta de ciencia social? Preguntas que cabe clasificar entre las denostadas como retóricas, pues llaman más a un discurso que a una respuesta. En primer lugar, es retórico decir que EP vuelve, cuando apenas ha dejado de estar en el quehacer sociológico. El centenario es entonces buena excusa para la reflexión. La obra centenaria se convierte en reflejo en el que se mira la Sociología. Reflejo calidoscópico producto de una disciplina con múltiples espejos insertos en un tubo ennegrecido. La obra que celebra su centenario en español nos muestra tal multiplicidad de espejos.

El profesor Javier Rodríguez, editor de este texto homenaje, ha tenido especial cuidado en ofrecer una muestra de la variedad de interpretaciones de EP. Entre algunas de ellas, cabe ver imágenes simétricas, aun cuando no opuestas, de la obra de Weber. Todas tienen su lugar, aun cuando cada una tienda a presentarse normativamente como la lectura que debe hacerse. Difícil labor aquí la del editor, limitada a abrir la puerta a una pluralidad de lecturas que se ofrecen como la única lectura. Veinticuatro son las interpretaciones expuestas. La selección ya es un mérito, yendo desde reputados albaceas de la obra weberiana a jóvenes investigadores que enriquecen EP aplicándola empíricamente a nuevos problemas. Co-

ser un vestido con tanto patrón, labor tan imposible como fuera de lugar. Mejor que sea el lector del homenaje el que opte entre el intento de la síntesis de la multiplicidad, lo que generará una nueva propuesta interpretativa de EP, o permanecer en el desencantado y calidoscópico espíritu de una Sociología plural. Incluso pueden observarse algunos hilos comunes, como el acento en la fuerte vinculación en Weber entre metodología, con repetido hincapié en dejar claro lo relativo de su planteamiento causal, y epistemología. Como la consideración de EP como manifestación de la concepción del autor alemán del ser humano. Pero antes traigamos, de manera forzosamente sucinta, la ofrecida muestra de lecturas de EP.

Gianfranco Poggi realiza una sintética presentación de EP. Tal vez podría considerarse innecesaria a estas alturas; pero que cumple la función de sumergirnos en la obra de Weber. Se afana el autor en diseccionar lo que es —y no es— para Weber el espíritu del capitalismo. Una categoría que encuentra su precedente en un pasaje de *El capital* y que se convierte en la subjetividad común del primer empresariado capitalista. Después y siempre pegado al texto homenajeado, se trazan las conexiones causales que van desde el calvinismo al capitalismo.

Hartmut Lehmann despliega los distintos métodos utilizados por Weber en EP. En el inicio, hace hincapié en lo que denomina método de jurista, que es fundamentalmente un método retórico, de presentación y enlace entre los argumentos. Un enfoque sobre el atractivo y fuerza del propio texto que sobrevuela, como

un fantasma, buena parte de los trabajos que suceden a éste en el libro. A partir de los otros métodos derivados, puede verse un Weber: historiador económico, filólogo, historiador eclesiástico, filósofo, pedagogo, psicólogo, politólogo y, por fin, sociólogo. Muestra de la enciclopédica capacidad del autor de EP. Aunque también puede leerse como modelo de apertura y, sobre todo, diálogo interdisciplinar para la interminable formación de los sociólogos, profesionales de una disciplina sin forma.

La enfermedad psíquica de Weber se valora como profundo paréntesis en su trayectoria por uno de los autores que mejor la conoce, Wolfgang Schluchter. Ruptura vital creativa por sus consecuencias: la escritura de EP. Pero creación azuzada por los debates intelectuales y prácticos de los momentos de su génesis, especialmente el relativo al surgimiento del capitalismo moderno, en el que el materialismo, más o menos ingenuo, da insuficientes respuestas. Tampoco las respuestas del idealismo son satisfactorias. Es más, Schluchter apunta que Weber discute principalmente con los que considera idealistas, generando controversias metodológicas (Rachfahl) y sobre el objeto (Brentano y Sombart). Hay que buscar las respuestas en otros sitios. Tal vez redefiniendo lo económico. Lo económico es también social y cultural, producto de un proceso educativo, que, para el caso concreto del capitalismo, requiere la aceptación de los incentivos derivados de la relación con el mundo del trabajo y la empresa. Por ello, Schluchter exige el análisis de la motivación en EP: un Weber motivado para el análisis de la motivación en el ejercicio económico.

Estimulante es la interpretación que José María García Blanco realiza de EP desde una perspectiva subida en los hombros de Luhmann, convirtiendo la obra de Weber en una concepción de la evolución, a pesar del propio sociólogo ale-

mán y, sobre todo, a pesar de ser una evolución sin determinación. Como es más o menos sabido, Weber se fija en que son sentimientos irracionales, que encuentra en el puritanismo protestante, los que se encuentran en la base del capitalismo moderno y, por lo tanto, racional. El profesor García Blanco resalta el aspecto interior o espiritual, véase irracional, entre las causas que precipitan el capitalismo moderno. Nos dice que EP debe leerse como un tratado en el que las ideas son formadas históricamente, sin determinismos materiales o de otro cariz, y actúan históricamente. Se abre así una vía y un modelo metodológico en la investigación histórica y social. Precisamente aborda un elemento central —crítico y criticado— de la metodología weberiana, como son los tipos ideales, a los que se califican de tautológicos.

Si para García Blanco EP era una proyección de los *Ensayos metodológicos*, para Johannes Weiss, éstos son la justificación de EP. Ahora bien, desde el punto de vista metodológico, el objetivo de la aportación de Weiss no es menos interesante: cómo alguien tan poco religioso internamente, como Weber, puede hablar de la fuerza de los aspectos internos de la religión. Un dilema propio de la sociología de la religión. Para resolverlo, empieza dando cuenta de la relación religiosa referida en EP.

Tomando como referencia EP, Weiss argumenta que Weber no ofrece una respuesta satisfactoria a sus retos metodológicos: la posibilidad de un conocimiento objetivo de un objeto de estudio, como la religión, que tiene inicialmente una función cognitiva. Weiss recurre a un concepto que ha hecho fortuna en la sociología reciente y que también ha sido utilizado por otros autores de esta recopilación: ambivalencia. La respuesta de Weber a los problemas metodológicos que se plantea es caracterizada como ambivalente.

Una respuesta insatisfactoria que deriva de lo que Weiss concibe como planteamiento erróneo, ya que una sociología de la religión, como de cualquier otro campo en un proceso de generalización, sólo es posible desde la explicación de las condiciones y funciones de la religión y no desde la comprensión de la experiencia religiosa. Desde luego, Weiss toma partido por una manera de Sociología yendo a uno de los núcleos críticos de otra manera de entender las posibilidades de la Sociología.

Si las dimensiones textuales de EP cobran relevancia, también lo hacen sus traducciones. Lawrence A. Scaff analiza el proceso de traducción de la obra al inglés por Parsons, única traducción autorizada hasta hace un lustro. Y eso que se trata de una traducción errónea, desde su literalidad, desde antes de ser publicada. ¿Por qué un texto ha sido tan influyente, a pesar de su errónea traducción? ¿Por el lugar dominante de la sociología norteamericana en general y de la cátedra de Parsons en particular sobre la configuración de la disciplina en los países occidentales en el período posterior a la segunda guerra mundial? Scaff se detiene en las decisiones que llevaron a la publicación de la traducción errónea, convirtiéndolo como un proceso social con diversos agentes: autor, correctores, evaluadores, lectores, albaceas intelectuales, editorial, etc. Es una sociología de la traducción con EP como fondo. Aun cuando considera que el traductor es sólo una pieza en el proceso, nos pone en situación con el despliegue de unas notas sobre biográficas sobre Parsons. En especial, cómo éste se encontró con Weber.

Como toda traducción, ésta siempre tropieza con un original, en el que el estilo y la retórica de la redacción weberiana constituyen un material fantasmático: un espíritu que nunca acaba de estar o irse del todo. Un espíritu que se antoja semejante al que impregna una novela de de-

tectives. ¿Y si el atractivo de EP se encuentra en que su estructura sigue el modelo de la novela de detectives, dispuesta a devolver a la racionalidad lo oculto y lo carente de racionalidad?

Scaff nos deja sin un análisis explicativo del éxito anglófono de la obra de EP, con la excepción de algún apunte sobre la identificación con la propia historia y los personajes (Franklin) que en ella intervienen. La identificación parece resumirse en la identificación con el estilo detectivesco, lo cual dice bastante de la sociedad lectora a la que se ha dado un papel marginal en su historia de esta traducción. Se acaba este incitante trabajo con la sensación de oportunidad perdida para una sociología de la Sociología sobre el análisis del significado del texto de Weber en la institucionalización de la sociología norteamericana.

La comparación de las ediciones de 1904/05 y 1920 es el punto de partida de Martin Riesebrodt para buscar el: «*significado deliberadamente subjetivo de este texto*». Son varias las dimensiones que se integran en EP, hasta definirlo como una reflexión sobre la condición de la modernidad en la que Weber analiza su propia crisis y situaciones familiares (pág. 101). EP como escenario del enfrentamiento entre el padre, representado por el catolicismo y, sobre todo, el luteranismo, y su madre, representada por el protestantismo ascético.

Consciente de la tendencia a considerar EP como investigación histórica, Javier Rodríguez la reivindica como investigación sociológica motiva por una trayectoria personal que va desde la depresión, tras la muerte de su padre, a la superación de la misma con la ayuda del modelo de educación piadosa de la madre y de Marianne, su esposa. Tras retomar, como síntoma de una época, la relación de EP con la enfermedad psíquica de Weber, Rodríguez nos informa de la relevancia que el sociólogo alemán dio a lo que

denomina educación económica de la nación. América se educó con Channing y Franklin y así formó el espíritu de su capitalismo. Personajes sin paralelo alguno en la Alemania guillermina. El profesor Rodríguez construye una cadena de autores alemanes (Kapp, Löher) que es un puente entre el capitalismo americano y el genio alemán y, por otro lado, recalcan el papel fundamental para una sociedad con actitud empresarial. Una cadena en la que Weber es el último eslabón, que se forja con el acero de un Goethe preocupado por una nueva educación..

Sólo se me ocurre un matiz al buen trabajo del profesor Rodríguez. Se queda corto. Los trastornos psíquicos son un síntoma del malestar de una civilización —y no sólo de un país— que había tenido el modelo de la pequeña burguesía. De hecho, en Francia o en Gran Bretaña se extendió la plaga con el cambio del siglo XIX al siglo XX. Puede que en Alemania, sin tener la exclusiva del mal, alcanzase cotas notables. El propio Freud se dedicó profesionalmente a la terapia como fuente de ingresos, dada la enorme demanda y sus dificultades para instalarse en la Universidad.

La lectura de EP que propugna Sandro Segre convierte a ésta en un diálogo entre Weber y Troeltsch. El análisis del texto se vuelca aquí en detalles: notas cruzadas que hablan de influencias mutuas, manifestaciones de afinidades y certificación de matices diferenciales. EP queda convertida en una conversación pública entre ellos.

Para el profesor Almaraz, EP constituye la fundación de una metodología en la que las categorías subjetivas se convierten en el elemento de explicación sociológica, abriendo así la puerta para que la Sociología se convierta en una ciencia de la acción, subrayando como poco casual que el traductor y valedor de la misma hacia el ámbito anglosajón fuera Parsons. Concebida como ciencia de la

acción, la Sociología arrastra los grandes temas weberianos: la comprensión como paso exigido para la explicación, el tipo ideal y la relación a valor. Puesto que los dos primeros son abordados parcialmente por otros autores de este texto, nos centraremos en la presentación que el profesor Almaraz hace del tercero: «*La 'relación a valor' aparece, por tanto, no como un compromiso moral, ni siquiera como una reconstrucción del orden axiológico más o menos precariamente realizado en un fenómeno histórico-social, sino como la necesaria condición del orden metodológico por el que puede captarse el orden causal*» (pág. 171). Así se relacionan el neokantismo y el positivismo en Weber.

Donde me parece que el profesor pone el dedo en la llaga es en lo que denuncia como mitologización de la *Verstehen*. Subraya que la «comprensión» tiene en Weber un papel metodológico; pero no epistemológico, como ocurre en el historicismo alemán. Al no ser una categoría epistemológica, difícil es oponerla a la explicación. Es más, defiende Almaraz, la comprensión es un paso para la correcta atribución causal. Un paso metodológico necesario en la teoría weberiana de la acción, en la que el sentido tiene un lugar clave.

La vinculación de la comprensión con el sentido, la aleja de la extendida idea que tiene a la comprensión como una especie de intuición del observador. ¿Qué es el sentido en Weber? Almaraz da tres proyecciones del sentido weberiano: significación cultural (significado «objetivado»), sentido subjetivamente mentado y sentido funcional o del cambio social. Tres concepciones del sentido que se encuentran articuladas entre sí, donde unas —significado objetivado y sentido subjetivamente mentado— son las palancas empíricas para la captación de la otra.

El trabajo de Liah Greenfeld sorprende en su despego. En las cuatro primeras

páginas, apenas hay referencia a Weber. Se centra en la fundación de una sociología norteamericana, que caracteriza como materialista —incluso biologizante— y con poco hueco pues para la sociología weberiana de los significados de la acción social. Ello le vale a Weber el discutible calificativo de mentalista (pág. 181), pues bien pudiera haberle dado el de constructivista —más actual— o cualquier otro menos connotado en nuestra lengua, para manifestar la fuerza que da Weber a una construcción cultural de la realidad.

De la exposición de Greenfeld cabe destacar la denuncia sobre la escasa base empírica para sustentar la relación entre protestantismo y espíritu del capitalismo. Es más, un análisis de documentos con los principios teológicos protestantes lleva a negar esta relación. Pero, como subraya Greenfeld, esto es un asunto menor en el que se han obsesionado los críticos de Weber, dejando a un lado el significado filosófico y sociológico de EP, en la que importa menos el fundamento, que lo que funda: la dedicación de un saber al crecimiento económico. De hecho, la tesis sobre el fundamento del crecimiento económico que mantiene Greenfeld es tan distinta como situarlo en el nacionalismo. De hecho, la parte final del trabajo se dedica más a justificarla y, al mismo tiempo, reconocerla como weberiana.

Peter Ghosh retoma la controversia sobre las bases empíricas de EP. Compara el concepto construido por Weber con su «realidad empírica». Relación entre la realidad histórica, especialmente del puritanismo inglés, y texto en la que destacan las dificultades con que se encontró Weber para encontrar textos británicos que enfocaran empíricamente la historia del puritanismo, ya que, al estar sujeto a la guerra civil, formaba parte también de los «demonios olvidados» del pasado. Según Ghosh, Weber fue incapaz de nadar en este agujero histórico nacional británi-

co, generalizando lo que era el protestantismo irlandés y escocés. De alguna manera, en este capítulo se vuelve a la historia de las ediciones. Ahora la relativa al puritanismo británico, para señalar lo que Weber leyó y dejó de leer. En el primero grupo, obras que defendían el puritanismo como forma de vida, desde las que, siguiendo a Ghosh, se alumbró el concepto de protestantismo ascético. Fuentes que sirven para comparar el hombre contemporáneo al autor con aquel del que surgió la modernidad y el capitalismo.

Ghosh destaca la admiración de Weber por la obra de Ignacio de Loyola. Pero este será el trasunto del artículo de José Luis Villacañas. En el inicio, nos traslada a la reforma gregoriana del cristianismo, que tiene como influyente consecuencia para cultura occidental la racionalización introducida por el derecho canónico. Pero la vida económica seguía quedando en un mundo demasiado externo. Una distancia que los jesuitas están dispuestos a superar, coincidiendo, desde los presupuestos de Weber, con el ideal de vida práctico del puritanismo.

La diferencia entre el jesuita y el calvinista se encuentra en el espacio de actuación y en el destino del ejercicio ascético. El espacio del primero es el de los católicos del mundo; mientras que el del segundo es el mundo en sí mismo. El ascetismo de los jesuitas lleva al placer místico y a la obediencia; el del calvinista a ordenar y reformar el mundo como deber autónomo. El profesor Villacañas, diferencias que sitúan el ascetismo de los jesuitas como continuación de la iglesia medieval; mientras que, asumiendo a Weber, el ascetismo calvinista es una de las bases de la modernidad.

Como otros autores del texto, Stephen Kalberg parte del fragmento de EP en el que se afirma que el puritano quería ser profesional, pero que hoy día, nosotros, estamos obligados a serlo. De la motiva-

ción a la obligación a través de una forma de dominación y organización: la burocrática. La jaula de hierro weberiana, de la que Kalberg hace un análisis sobre su proyección en la cultura política estadounidense, produciendo una tensión entre la motivación individualista y la obligación estructural. No puede olvidarse el carácter modélico que tiene para Weber el individualismo estadounidense.

La congregación norteamericana de protestantes ascéticos, como comunidad ética, crea fraternidades de confianza mutua para el trabajo; pero, también, es la palanca motivacional para la reforma cívica. El individuo está así motivado para la actuación política sobre la comunidad. ¿Ocurre lo mismo en un Estados Unidos industrial y urbano? Kalberg da una respuesta con menos argumentación de la que hubiera sido necesaria: se mantiene tal cultura cívica comprometida; pero ahora envuelta en una compleja relación con la industria del consumo y el ocio y un marcado individualismo particularista.

Del profesor Moya se recupera un artículo de hace treinta años: «Opus Dei y la modernización tecnocrática de España», que sigue la línea de los dos anteriores de ubicación de las tesis weberianas en procesos históricos concretos. La futura del ministro franquista López Rodó, desde la Comisaría del Plan de Desarrollo a partir de 1962, como guía de la inmersión del país en el neocapitalismo, es el eje en el que se analiza el proceso de racionalización burocrática de la Administración y, de paso, de la economía española. Un nombre y un hombre, pues todos los que aparecen en la estela de Escrivá de Balaguer son varones (Navarro Rubio, Ullastres), que son la versión ibérica del héroe weberiano. Hombres que tenían en común la membresía a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei.

A pesar del paso del tiempo, el artículo de Carlos Moya sigue brillando. No obs-

tante, merecería ser actualizado con el análisis de los sucesores de ese seminal espíritu capitalista español *paraprotestante*. ¿Quiénes son hoy los adalides de esa conversión del espíritu en economía?

Con el título: «Capitalismo racional, tradicionalismo y capitalismo de aventura: nueva investigación sobre la tesis de Weber», se traduce al español el artículo de Lutz Kaelber donde se analizan crecientes evidencias empíricas que abordan el vínculo entre el ascetismo intramundano y la conducta empresarial. Pero antes de entrar de lleno en el objeto del artículo, se da un pequeño rodeo que alcanza la biografía familiar de Weber, como fuente de inspiración de su modelo. Un modelo que este trabajo hace altamente accesible, por lo que es recomendable su uso entre alumnos. A través de las referencias autobiográficas y empíricas, Kaelber ofrece la otra cara de los tipos ideales capitalistas de Weber: en los procesos concretos, capitalismo racional, tradicionalismo y capitalismo de aventura o rapiña caminaban —¿caminan?— unidos.

Stefan Breuer enfoca el significado del rechazo religioso del mundo y su papel en el surgimiento de la modernidad. Claro, es la paradoja weberiana en la que el rechazo religioso del mundo produce el fenómeno contrario: transforma el mundo. Las raíces de la atención de Weber sobre el rechazo la encuentra Breuer en las influencias intelectuales de la época juvenil del sociólogo alemán, con Schopenhauer a la cabeza. Pero tal vez esto no sea lo más interesante del trabajo, sino la discusión sobre el carácter empírico del desencantamiento del mundo a partir de la religión. Las muestras de presencia mágica en el interior de las propias religiones, lo que deja a un lado una relación sucesora entre ambas instituciones, apunta a un sesgo en la selección weberiana, de la que tuvo conciencia al reflexionar sobre las orientaciones de la sociedad.

El caminar de Weber por la sociología norteamericana es la columna vertebral del artículo de Antonio. Ahora no es el Weber de Parsons, sino que nuestro autor experimenta distintos emparejamientos: el crítico con Marx, el posmoderno con Nietzsche, el neoliberal con Smith, el nacionalista con Schmitt. Así, hasta el emparejamiento liberal con Dewey, que parece más cosecha propia de Antonio. Amplio repaso a la teoría social estadounidense a partir de la relación con la obra de Weber, que ya valdría la pena como estado de la cuestión de la propia teoría. No obstante, escasa atención se presta a autores de reconocida filiación weberiana, como ocurre con Ritzer. Tal vez porque no se encuentra en el rol de colaboradores de la revista *Telos*, contra cuyos editores Antonio parece escribir.

Para Yolanda Ruano, EP es un estudio sobre la genealogía de la subjetividad del capitalismo. Después de casi cuatrocientas páginas de texto-homenaje, es difícil encontrar argumentos originales, ya sean sobre el objeto, epistemológicos o metodológicos. Sin embargo, la relevancia que adquiere el concepto de 'afinidades electivas' en el análisis de la profesora Ruano merece ser destacado. Afinidades entre ciertas formas de fe religiosa y la ética profesional en el caso de EP. ¿Se mantiene hoy tal afinidad que dio origen a una disciplina de la conducta? ¿Tiene sentido el disciplinamiento en la actual concreción capitalista en clave de flexibilidad? La respuesta lleva a dar voz a una ficción, a un Weber presente, desencantado y, a la vez, creyente en las posibilidades del nuevo politeísmo secularizado como garante estructural de la conciencia individual.

La breve colección de citas con que el profesor de la Universidad Pública de Navarra, Josetxo Beriain, encabeza su aportación muestra la rica ambivalencia de la modernidad, que es la propuesta de un trabajo repleto de imágenes, que empieza

por Goya y, sobre todo, sigue con Thomas Mann. El literato alemán se convierte, a través de sus personajes, en portavoz de los tipos weberianos. Se aborda así la crisis interna de la Ilustración que acontece en el penúltimo cambio de siglo, que otros han visto como la crisis de la heroica pequeña burguesía. Una crisis interna que Weber establece, según el profesor Beriain, en clave de crisis de la «llamada-vocación». La laboriosa pequeña burguesía, cuya connotación peyorativa se inicia en este periodo histórico, es reclamada como sujeto heroico en crisis —y, por ello, más arquetípicamente héroe— por Weber y Mann. Se aporta así un artículo profundamente entretenido, donde la experiencia de la modernidad es noveladamente enfocada con referencias a novelas, cuyos personajes dan vida a distintas formas de ser moderno. Distintos héroes de la modernidad, entre los que sobresale el propio Weber, dibujando la Sociología como vocación de héroes, de *outsiders*, de expulsados del sistema social. Tal vez, único promontorio desde donde ver su objeto, la propia/impropia sociedad. Tal vez Weber es el héroe escondido de algunas de las novelas de Mann.

Beriain deja a Weber en la fáustica estela de Goethe, que es donde comienza el capítulo del profesor González García. Un Fausto que se convierte en fármaco espiritual en la crisis depresiva que precede EP, en la que González García rastrea las huellas de Goethe. Tabla de influencia de aparente reducido calibre sociológico, salvo el reconocimiento de Goethe y Fausto como fuente de conceptos y modelo de vida, de dedicación al trabajo profesional y renuncia a la universalidad fáustica.

El profesor Santiago da una vuelta de rosca al argumento que, casi un centenar de páginas antes, había presentado Greinfeld. Si para ésta el nacionalismo, concretado en forma de ética, es el motor del capitalismo, Santiago nos introduce en

las capacidades de las categorías weberianas, como afinidades electivas y el principio de heterogonía de los fines, para dar cuenta de la génesis y desarrollo del nacionalismo. Es decir, como si se cambiase de fenómeno, ética económica por nacionalismo, manteniendo los mismos procesos causales.

Tras repasar sucintamente la calificada de infructuosa capacidad de las categorías de Durkheim para explicar el nacionalismo y, sobre todo, la vinculación de éste con la religión, José Antonio Santiago pasa a defender las afinidades electivas de formas de religiosidad establecidas por Weber. Con ello, se desliza hacia el debate sobre la relación entre religiosidad o, mejor dicho, religiones y nacionalismo, dejando en un lugar periférico, desde mi punto de vista, aun cuando no eludido, el trascendente paso de la religión oral a la religión escrita, o, lo que con matices podría considerarse proceso simétrico, el paso de religiosidades comunitarias a religiosidades individualistas y societarias. Reflexión que aquí sólo se indica, subrayando el potencial de su rastro para afrontar el lugar de la religiosidad en sociedades en las que la imprenta se inclina ante la fuerza de imágenes digital-electrónicas.

Hay que resaltar la original viveza de la argumentación del profesor Santiago. Especialmente al proyectar el principio de heterogonía de los fines a la transformación de nacionalismos empíricos, como el vasco o el quebequés. Una aplicación que desarrolla con la ayuda de instrumentos analíticos que Jameson utiliza sobre la propia obra de Weber. Ahora bien, si el principio weberiano se muestra tan potente para el análisis histórico ¿Cabría decir lo mismo con respecto al análisis sociológico? Las herramientas que nos llevan a explicar los caminos hasta el presente ¿Sirven para establecer algún tipo de sentido, concepto tal vez demasiado comprometido, de la sociedad, cuando los resultados pueden ser distintos —in-

cluso opuestos— a las intenciones de sus sujetos y se prescinde de toda concepción evolucionista? Quizá merezca la pena buscar respuestas en la obra de Weber, aun cuando disten de ser optimistas.

José María Ripalda se separa de EP. Su texto es *La ciencia como vocación*, para escribir sobre la percepción de Weber de una universidad alemana en transformación y, sobre todo, en conflicto, dirimiendo el papel del científico y el académico en la sociedad. Pretexto que sirve a nuestro autor para dar su visión de la universidad actual.

El libro se cierra con la prescindible aportación sobre la primera traducción de *Economía y sociedad* a otro idioma. Encomiable esfuerzo en la historia de la intelectualidad en español; pero nulo alimento de EP.

En definitiva y como se apuntaba al principio, texto calidoscópico, que, como suele ocurrir cuando son tantas las contribuciones, queda lejos de la homogeneidad. Aún más lejos de conformar un único sentido en la obra que es objeto de homenaje. Se invita al lector que busque las lecturas contradictorias entre las aportaciones, que, a su vez, no dejan de conformar una ilustre selección. No obstante, virtud de la edición es la gramática en la que una buena parte de los artículos parecen empezar donde lo dejó el anterior. Intento de convertir el texto en una continuada conversación sobre EP. En el debe de la edición, sólo resaltar la falta de homogeneidad con que las distintas aportaciones realizan las referencias: unas sólo en nota a final de página; otras, también al final de su texto; otras, de manera incompleta, faltando la editorial.

En cuanto a la selección, si cabe una objeción es la repetida presencia, como objeto de análisis, de la sociología estadounidense. Hasta tres artículos, desde distintos puntos de vista, abordan las directas secuelas de EP en la sociología norteamericana. Una sociología que es

dominante y, ha de reconocerse, capaz de absorber, de una manera fructífera, lo interesante que se hace de interés más allá de sus fronteras; pero llama la atención desde la asimetría con la otra sociología occidental, como es la europea.

Con cien años, puede decirse que EP tiene su historia. Pero, también, tras leer este metatexto homenaje, que tiene múl-

tiples historias: de amistades, de enfrentamientos intelectuales, de la transformación de la Universidad, de la trayectoria vital de su autor, de la traducción, de la reflexión sobre el fenómeno religioso, etc. Historias múltiples en las que laten múltiples sociologías.

Javier Callejo